DULCINEA DEL TRUE CRIME III — EXPEDIENTE ZOZOBRA · 2/2

De lo que Inés explicó sobre la barca y de la cuenta que Aurelio no sabía que tenía

Lo que don Justo anotó cuando dos hilos se juntaron solos

La segunda llamada de Inés duró casi una hora, que es lo que dura cuando tiene tanto que explicar que no puede permitirse la elegancia de elegir qué dejar fuera. Yo tenía la libreta azul abierta desde antes de que sonara el teléfono. Cancerbero estaba en su sitio. Remedios había asomado la cabeza para preguntar si quería té y el té estaba en la mesa enfriándose, porque con Inés el té siempre se enfría.

Esta vez no me contó un caso. Me explicó una máquina.

— ✶ —

De la ruleta que cabe en el bolsillo

—Empecemos por lo que usted ha visto sin saber que lo veía —dijo Inés—. Cuando el chico empezó, casi con seguridad ganó. No es casualidad ni mala suerte posterior: el primer acierto llega pronto en casi todos los casos y pesa más en la memoria que todos los fallos que vienen después. Se queda como prueba. «Yo sé de fútbol. Yo puedo.»

—La ilusión de control —dije, porque lo había leído en uno de los libros de la vitrina, de los que ya no ocupan la vitrina.

—Exacto. Una apuesta deportiva da la sensación de que uno decide con información y por eso engancha de otra manera que una máquina tragaperras. Pero la parte del resultado que depende de usted es mucho menor de lo que parece y las plataformas lo saben mejor que nadie. Luego está el casi-acierto. Perder por un gol, por un minuto, por un penalti que se va al palo. El cerebro no lo registra como un fallo; lo registra como un «casi» y el «casi»

invita a repetir más que el acierto. Es uno de los hallazgos más sólidos en la investigación sobre juego.

—¿Y el dinero?

—Ahí está lo que llamamos perseguir las pérdidas. Pierdes y lo único que se te ocurre para arreglar lo que has perdido es apostar más, a una cuota más alta, para recuperarlo todo de una vez. No es irracional desde dentro; es lo único que parece tener sentido. Y es exactamente lo que el diseño del producto favorece: apuestas en directo mientras el partido sigue, depósito en un solo toque, bonos de bienvenida, notificaciones. Nada de eso es un accidente, don Justo. Es el producto.

Le pregunté por la edad. Inés dijo que el cerebro adolescente responde con más intensidad a la expectativa de recompensa y tiene menos freno para el impulso, porque las zonas que regulan el control siguen madurando hasta bien pasados los veinte. Que no era una excusa ni una sentencia. Que era una razón para no dejar solos a los chicos con un sistema pensado por adultos para retener a adultos.

—¿Y cómo apuesta un menor? Yo creía que estaba prohibido.

—Está prohibido. Y hay tres maneras de que no lo esté en la práctica: la cuenta de un familiar mayor con la clave conocida o adivinada, una cuenta propia con documentación prestada, o una plataforma sin la verificación de edad que exige la ley. Que es lo que usted ha visto en casa de Julián, aunque Julián todavía no lo sepa.

—¿Y las plataformas responden de algo?

—Tienen obligaciones: verificar identidad, ofrecer límites, detectar conductas de riesgo. Pero la responsabilidad se diluye con una facilidad notable. Cuando un menor pierde dinero con la cuenta de su padre, la plataforma dice que el titular era un adulto verificado. El padre dice que no sabía nada. Y el chico queda en medio, sin nadie a quien contárselo. —Hizo una pausa—. Lo que se pueda reclamar en un caso así depende de las circunstancias y no es mi terreno, es el de un abogado. Lo que sí puedo decirle es que el silencio que rodea a estos chicos tiene una capa que otros silencios no tienen: aquí hay una deuda. Una cifra. Y posiblemente dinero de otros. No solo tiene que confesar lo que hace, sino lo que debe y a quién. Es vergüenza con intereses.

Anoté esa frase con las comillas puestas.

— ✶ —

De Modesto, que llamó para decir algo que le daba vergüenza

Modesto Fama Cuesta me llamó esa misma semana, cosa rara en él, porque Modesto no llama: manda audios de cuatro minutos que empiezan por el final. Esta vez llamó y habló despacio, que ya era una señal.

—Me ha dicho Inés que está usted con un caso de apuestas. Quiero contarle una cosa antes de que me la cuente otro.

Había estado repasando el archivo de su canal. No por ningún motivo especial, dijo, sino porque tras lo de Memoria había adquirido la costumbre de revisar lo que había publicado antes de cambiar, que es una costumbre incómoda y recomendable. Había encontrado un vídeo del año anterior, un caso de desaparición, miniatura dramática, locución grave. Y al principio, un banner: *Patrocinado por* una casa de apuestas deportivas, con un código de bienvenida.

—Trescientas mil visualizaciones —dijo—. Según las estadísticas de la plataforma, casi la mitad de mi audiencia tenía menos de veinticinco años. Cobré cuatro mil euros por aquel patrocinio. Me dijeron que cumplía la normativa. Y la cumplía. Por eso lo hice.

No dije nada. He aprendido, en estos años, que la dureza con quien ya se está juzgando a sí mismo es un gasto inútil.

—Lo he quitado —siguió—. Ayer. Y he rescindido el contrato. Pierdo un cliente fijo. —Soltó una risa corta—. Esto no me lo habría hecho yo solo hace dos años.

—¿Y qué ha aprendido?

—Que no cometí ningún delito. Y que eso no significa que no hiciera daño. Es una diferencia que no sé muy bien cómo explicar en un vídeo.

Se lo conté a Inés esa tarde. Dijo lo que yo habría dicho si hubiera sido más listo antes:

—Pues que lo cuente en un vídeo. Así, tal cual. Sin música.

— ✶ —

De la carta de Aurelio, que no era suya

La carta llegó un martes. La recogió Aurelio del buzón con la puntualidad de quien trabajó treinta y dos años en Correos y sigue considerando que el correo es una cosa seria, y bajó a mi puerta con el sobre en la mano y la expresión de quien ha recibido una noticia que teme entender.

Era una comunicación de la Agencia Tributaria. Le pedían que justificara unos ingresos recibidos en una cuenta a su nombre, en una entidad de la que él no era cliente.

—No es mía —dijo Aurelio—. Yo no he abierto esto.

Lo hice pasar. Lo senté. Le puse agua. Leí el documento dos veces. Era el mismo Aurelio que años atrás había perdido los ahorros en cuarenta y siete minutos por un mensaje que parecía de su banco y que desde entonces tiene los post-its pegados en el frigorífico y estaba otra vez en el centro de algo que no había pedido.

—Yo en Correos sabía que una carta no miente —dijo, mirando el sobre—. Lo que no sabía es que una carta pudiera ser verdad sobre una cuenta falsa.

Llamé a Bruno Castejón, que llegó esa misma tarde con un portátil y la paciencia de quien explica lo mismo por décima vez sin perder la amabilidad. Leyó el requerimiento. Levantó los ojos.

—Es una cuenta mula —dijo—. Probablemente de las que se abren sin que el titular sepa nada. Una cuenta mula es como un buzón ajeno en el que alguien deposita lo que no quiere que le encuentren encima.

Se quedó satisfecho un segundo con la metáfora. Luego dijo que en realidad no, porque un buzón no mueve el contenido a otro buzón en cuarenta minutos y estuvimos diez minutos desmontándola entre los tres, con Aurelio aportando observaciones técnicas sobre el buzón que nadie le había pedido y que eran impecables.

—Lo importante —dijo Bruno al fin— es que hay dos tipos de titulares. Los que prestan su cuenta a sabiendas, a cambio de una comisión, y los que no saben nada porque alguien ha usado su identidad. Estos últimos son víctimas y la única manera de que las autoridades lo vean así es que lo acrediten cuanto antes.

—¿Y cómo han conseguido mis datos? —preguntó Aurelio.

Bruno hizo la pausa de quien elige con cuidado lo que no puede asegurar.

—No puedo decirle cómo abrieron esa cuenta sin ver el expediente de la entidad y no voy a inventármelo. Lo que sí puedo decirle es esto: usted sufrió un fraude hace tiempo. Los datos que entonces se facilitaron no caducan. Se guardan, se combinan con los de otras filtraciones, se revenden. A veces pasan años. A veces el daño se queda quieto y espera.

Aurelio se quedó mirando el suelo.

—O sea que lo que me pasó entonces no acabó entonces.

—No —dijo Bruno—. Pero lo que haga usted ahora sí puede acabar con esto.

Le explicó los pasos, uno a uno, sin saltarse ninguno: la denuncia, la solicitud por escrito a la entidad de la documentación con la que se abrió la cuenta, la reclamación, la respuesta a Hacienda dentro de plazo con la denuncia adjunta y un abogado que conociera el terreno.

Bruno añadió una última cosa y la dijo mirando a Aurelio y no a mí, que es como Bruno dice las que le importan.

—Hay un paso más que no depende ni del banco ni de Hacienda. Usted va a tener que contar esta historia varias veces, a varias personas y cada una la va a leer desde su mesa: el banco mirará el contrato, Hacienda mirará los ingresos, un juez mirará si hay delito. Nadie va a mirar el conjunto. Un informe criminológico que una todos los puntos —el fraude de hace años, la filtración de sus datos, la apertura de la cuenta, los movimientos, la comunicación de ahora— y los ponga en orden, con fechas y con sentido, le da a quien lo lea lo que ahora mismo no tiene: una sola versión coherente de lo que le ha pasado. Eso no sustituye al abogado. Se lo pone más fácil. Inés lo hace mejor que yo.

Aurelio, que pasó treinta y dos años en Correos viendo cómo un mismo expediente iba de ventanilla en ventanilla perdiendo un papel en cada una, asintió despacio.

—Un expediente que se entienda de principio a fin —dijo—. Eso sí que sería una novedad.

Iba a ser largo. Bruno se lo dijo con claridad: meses, quizá más.

—Estuve treinta y dos años en Correos —dijo Aurelio—. Sé lo que es un trámite largo.

Cuando se fue, subió a su casa y pegó tres post-its nuevos en la puerta del frigorífico. Me lo contó Darío al día siguiente, porque Aurelio le había dejado la puerta abierta mientras subía el pan. Decían: DENUNCIA. BANCO. HACIENDA.

Esa noche, solo en el despacho, me quedé pensando en el dinero que Nacho perdía. No se evaporaba: iba a algún sitio. Y ese sitio tenía infraestructura, y la infraestructura tenía nombres prestados, y los nombres prestados tenían vecinos. Se lo dije a Bruno por teléfono. Contestó con firmeza que no podía demostrar ninguna conexión entre aquel dinero y aquella cuenta, que seguramente no era el mismo dinero ni la misma plataforma y que no iba a permitir que yo escribiera lo contrario.

—Pero el ecosistema es el mismo —añadió—. Unos pierden dinero delante de una pantalla y otros prestan sin saberlo el nombre por el que sale.

—El ecosistema es el mismo —repetí y lo anoté.

— ✶ —

De lo que ocurrió en el escalón y de por qué no fue dramático

La conversación con Nacho no la planeamos Inés ni yo y no fue dramática. La provocó Sofía.

Fue un sábado por la tarde. Yo estaba en mi puerta, con la hoja entornada y Cancerbero fingiendo dormir, que es lo que hace cuando quiere oír algo. Lo cuento porque lo vi y porque no debía estar viéndolo.

Sofía bajó con los deberes bajo el brazo, se sentó junto a Nacho en el escalón de siempre y le dijo, sin rodeos pero sin brusquedad, una frase que se notaba ensayada en el ascensor:

> —No te voy a preguntar para qué es el dinero. Solo quería que supieras que, si algún día quieres contarle a alguien lo que pasa, mi abuelo no se asusta con nada y no se lo cuenta a nadie sin que tú quieras.

Nacho se tapó la cara con las manos. No lloró como se llora en las películas. Respiró hondo tres veces, como quien sale de debajo del agua, y dijo:

> —Debo mucho.

Salí. No planeé hacerlo; las piernas decidieron antes que yo.

> —Vale —dije—. Pues empecemos por saber cuánto es *mucho*. Después hablamos de lo demás.

Resultó ser algo más de dos mil euros entre lo cargado en la cuenta de su padre y lo que debía a compañeros, una cantidad que a su edad pesa como una montaña y que en una mesa, con un papel y un bolígrafo, tiene un tamaño razonable. Ese fue el primer favor que le

hicimos: darle una cifra. Un chico que debe dinero no necesita un sermón. Necesita una cifra.

No fue una solución. Fue un principio, que a veces es lo único que se puede ofrecer con honestidad. Inés conocía a una psicóloga especializada en conductas de juego en adolescentes. Tomás, el maestro, se ofreció a hablar con el instituto con la discreción necesaria. Rosa, cuando se lo contaron, lloró un rato y luego preguntó qué se hacía ahora, que es la única pregunta útil. Julián se quedó callado mucho tiempo, con las manos entre las rodillas, como quien ha conducido toda la noche y comprende de pronto que el problema estaba en el asiento de al lado. Luego preguntó cómo se cerraba la cuenta y cómo se hablaba con el banco. Que también es una pregunta útil y que también era la suya.

Nacho no tocó fondo en el sentido cinematográfico. No hubo nada que tocar. Hubo una persona a su alrededor que había visto las señales correctas y había preguntado de la manera correcta, que es mucho menos espectacular y mucho más frecuente de lo que se cree.

— ✶ —

De lo que don Justo anotó y de la última letra

Esa noche abrí la libreta azul en la página del Expediente Zozobra y escribí las tres cosas que me parecían más importantes de todo lo que había escuchado:

> *Primera: lo que hace daño no es solo perder. Es perder sin poder contárselo a nadie, porque contarlo exige confesar la deuda, el engaño y el tiempo perdido, todos a la vez. Cuanto más callado, más hondo.*

> *Segunda: Nacho no ha sido salvado por nadie. Ha sido preguntado bien por alguien de su edad que no le pedía nada. Eso no se puede reproducir en una ley, pero sí se puede enseñar.*

Tercera: el daño digital tiene capas que aparecen mucho después de que uno cree que el caso está cerrado. Aurelio lo sabe desde hace años. Esta vez lo sabemos todos.

Después pensé en la Z. Es la última letra del abecedario y llevaba muchas semanas sin ocurrírseme que este cuaderno, como los diccionarios, tuviera que acabar en algún sitio. Se lo dije a Remedios, que estaba en el sofá con un libro.

—Hay un expediente por cada letra —dije—. Y con este se acaban.

Remedios pasó una página sin levantar los ojos.

—Se acabarán las letras —dijo—. Para esto no hay última letra.

Anoté eso también. No hay manera de evitarlo. Remedios tiene el defecto de decir cosas brillantes en el momento en que uno no puede escribirlas, y hay que tenerla cerca y con la libreta abierta.

Cancerbero se levantó del suelo con la lentitud de los galgos viejos que guardan las energías para lo que importa y fue hacia la puerta del despacho. Era su manera de decir que había llegado la hora del último paseo y que Zozobra, como todos los expedientes, merecía que la vida continuara. Seguir caminando no es olvidar. Es lo contrario.

Salimos al portal. Era tarde. En el primero B había una luz encendida. Pero esta vez, desde mi puerta, me pareció que no era la de un móvil.

Una cuenta mula es una cuenta bancaria utilizada para recibir y transferir fondos de origen ilícito, a menudo procedentes de fraudes. Quien facilita su cuenta para canalizar estos fondos puede incurrir en responsabilidad penal si concurren los requisitos legales del delito de blanqueo de capitales (artículo 301 del Código Penal), incluso aunque no haya participado en el delito previo. El Código Penal contempla expresamente la modalidad de blanqueo por imprudencia grave, pero la responsabilidad debe valorarse atendiendo a las circunstancias concretas.

Es distinta la situación de la persona cuya identidad ha sido suplantada para abrir una cuenta sin su conocimiento. Puede ser víctima de un fraude y no debe considerarse responsable por el mero hecho de que la cuenta figure a su nombre. Si recibe una comunicación de la Agencia Tributaria, de un banco o de la policía sobre una cuenta que no reconoce, no la ignore ni deje pasar los plazos para responder.

Presente denuncia ante la Policía Nacional, la Guardia Civil o el juzgado; solicite por escrito a la entidad bancaria la documentación disponible sobre la apertura de la cuenta y la verificación de identidad; y formule una reclamación ante el servicio de atención al cliente del banco. Si no obtiene una respuesta satisfactoria, podrá acudir al Banco de España, una vez cumplidos los requisitos del procedimiento. Si existe un expediente administrativo o tributario, responda dentro del plazo indicado y aporte la denuncia y las pruebas disponibles, sin dar por hecho que la denuncia, por sí sola, resuelve el expediente.

Los datos obtenidos mediante una suplantación pueden reutilizarse posteriormente, por lo que conviene vigilar los movimientos bancarios y las comunicaciones relacionadas con la propia identidad. El Instituto Nacional de Ciberseguridad (INCIBE) ofrece asesoramiento gratuito y confidencial en el teléfono 017.

.

— FIN DEL EXPEDIENTE ZOZOBRA —

No son casos. Son personas.